

IMPRESIONES.

San Sebastián 18 de Agosto de 1889.

No soy impresionable.

Pueden ustedes creerlo. Sé andar viajando todo un verano sin que me impresione ninguna cosa.

Lo cual no tiene nada de particular, porque, bien mirado, ¿qué le puede ya impresionar á un hombre que ha vivido tres años y tres trimestres bajo el Gobierno, llamésmole así, pero llamémosle también detestable, de los fusionistas.

Sin embargo, hay cosas que todavía le impresionan á uno, porque... es aquello del tío Antonio el ciego, cuando la tabernera dudaba de su desgracia fundándose en que si fuera ciego no hubiera conocido que estaba el cuartillo sin llenar:

—Bastante ciego soy—dijo el tío Antonio; pero es usted capaz, tía tabernera, de hacer abrir los ojos al demonio.

Lo mismo pasa en el caso presente. Yo soy

de *suyo*, como diría *La Iberia*, muy poco impresionable; pero hay cosas capaces de impresionar á Mansi mismo, cuanto más á un hombre que, aunque muy curado de espantos, á fuerza de ver y sentir las barrabasadas progresistas, al fin y al cabo no es un adoquín, ni mucho menos un Académico.

Pues bueno; figúrense ustedes que, después de haber estado un mes fuera de Madrid, vengo á San Sebastián á los toros y ¡paf! lo primero que me encuentro al volver una esquina es....

—¿Mansi?....

—No: Mansi no fué lo primero; fué lo tercero ó lo cuarto.

—¿Abascal?

—Tampoco; al Alcalde afortunadamente no le he encontrado. Un ser mucho más dañino que Mansi y que Abascal todavía. Lo primero que me encontré por venir á los toros fué....

—¿Un toro?....

—Poco menos... Un revendedor de los de Madrid, de los auténticos, que me dijo á quemarropa: «Señorito, barreras por su precio, catorce pesetas.»

Catorce mil pares de demonios que te llenen, hubiera yo dicho si me hubiera dejado dominar por la mala impresión; pero gracias á Dios la dominé yo á ella y callé y pasé, sintiendo, creo que por primera vez en mi vida,

no tener autoridad para llevar aquel hombre á la cárcel.

Porque, vamos á ver, ¿por qué habían de andar en libertad los revendedores? me decía yo. ¿No están encerrados los toros? Pues bicho por bicho, creo yo que son en su tanto más dañinos los revendedores.

Porque al fin los toros cuando están en libertad, allá en la dehesa, si no se les llama la atención, si no se les hacen añagazas, por ejemplo, con un trapo colorado, no se suelen meter con nadie; mientras que los revendedores estando en libertad, le asedian á uno y le meten los billetes por los ojos y no le dejan sosegar hasta sacarle el dinero del bolsillo.

Y no se contentan con estarse en Madrid, que es como si dijéramos, su dehesa, ni con hacer allí su agosto por el invierno, sino que quieren aprovechar también el agosto natural y se vienen aquí, á más de setenta leguas, á echar el alto en una bocacalle al infeliz parroquiano que reputaba por la mayor de las venturas del veraneo, la de haberlos perdido de vista.

¿Pero será verdad ó habré yo soñado? me dije fregándome los ojos cuando me fuí reponiendo del susto.

Me volví á mirar, y la maldita realidad volvió á darme en los ojos... y en los oídos, porque el revendedor tomó la mirada por una

tentación y tornó á repetir toda su tonadilla, incluso lo de las catorce pesetas.

No había duda: era un revendedor madrileño, y para mayor ignominia era *el mismo*.

¿Saben ustedes á cuál llamo yo el mismo? Al que me cobró este invierno treinta duros por cinco butacas del Español para la función en honor de Rafael Calvo. ¡Treinta duros por cinco butacas que costaban dos duros cada una!

¿Por qué habían de andar en libertad los revendedores? continuaba yo diciendo para mí, hasta que de pronto vi claro, me dí una palmada en la frente, y me volví á decir:

—¡Qué inocente soy! ¿Pues no sé que vivimos bajo un Gobierno progresista?

¿Cómo quiero llevar á la cárcel á los revendedores de billetes, cuando andan por ahí en libertad los revendedores de destinos...?

De todos modos, confieso que me costó trabajo resignarme á pasar por las horcas moretinas del revendedor, y seguí quejándome del Pilatos fusionista de aquí, que los consiente; como si para esquilmar á los aficionados á la noble y hermosa fiesta nacional no fuera bastante Arana sólo.

Este Arana... y recomiendo mucho cuidado á los cajistas no vayan á poner eñe por ene, porque parecería maliciosa la equivocación; este Arana es un empresario de espectáculos que se conoce que ha tomado por modelo al

Gobierno, pues nunca suele cumplir lo que ofrece.

Y así como el Gobierno ofrece economías, y despues de mucho ofrecerlas da inmoralidades en Cuba ó en Cuenca, ó en cualquier otro continente, sin excluir el Ayuntamiento de la Villa y Corte, así Ara... ¡cuidado! Así Arana ofrece, verbigracia, seis toros, y da seis basosas ó cinco.

Pero en cambio pone muy caros los billetes, y váyase lo uno por lo otro.

Verdad es que caros y todo los vende, porque con la afición á nuestros toros que se va despertando en Francia, en cuanto Arana hace un cartel muy extravagante, á siete tintas, y le fija en San Juan de Luz, y en Bayona, y en Dax, y en Pau, etc., ya tiene la plaza llena de franceses, y más grande que fuera.

Por cierto que, á fin de hacer la plaza más grande,

¿Qué dirán ustedes
que es lo que ha *inventao*
este *buen* Arana
el año *pasao*?

Lo de *buen* es un ripio. Ya se conoce; pero lo *advierto* por si acaso.

Pues ha *inventao* nada menos que poner á la plaza un piso más; levantar sobre los palcos y andanadas otro orden de localidades que él ha bautizado con el nombre de *sobrepalcos*, y que comprenden una fila de asientos

adelante, junto al balaustre, y un paseo como en los circos, desde el cual se ven los toros al sol, y sin sentarse, por tres pesetas; media más de lo que cuesta en Madrid la andanada de sombra.

Tal es el resultado de esta nueva invasión francesa, más temible que la del año ocho, porque de aquélla se defendieron nuestros abuelos á tiros, pero de ésta no hay manera de defenderse.

Y no sólo produce el mal de encarecer la fiesta, sino el de echarla á perder completamente. Porque como los franceses lo aplauden todo, los toreros se echan á la *vita bona* y torear en francés, es decir, que hacen chapucerías dignas de presidio.

Para los franceses la gracia está en que el banderillero clave los palos sea donde quiera y como quiera, y en que el matador meta la espada por cualquier parte.

El día de Nuestra Señora asesinó el *Maestro* un toro, dándole á la media vuelta un meteisaca por delante del brazuelo, sin haber intentado siquiera pasarle y herirle á ley. Pues no se pueden ustedes figurar cuánto celebraban los franceses aquello.

—¡*Mocha pogontituda!*—decía entusiasmado uno que chapurreaba el castellano un poco.

—Y mucha barbaridad—le dijo un madrileño que estaba junto á él, ya cansado de oírle desatinos.

—¡Ah! *¿Ce n'est pas bien?*—preguntó el francés asombrado.

—No, señor; muy mal; eso es un degüello indecente.

—¡*Oh! Mais il l'a tué...*—repuso el francés envalentonado al ver que el toro se echaba.

—¡Es claro! También le hubiera podido matar con un fusil.

—¡*Oh! Mais...*

Y, nada; no se les saca de su idea.

Cuando un picador raja á un toro la paletilla de arriba abajo, prorrumpen en aplausos frenéticos. Aquello creen que es lo mejor; y eso que son protectores de los animales y tienen horror á la sangre, etc.

—¡*Très bien! ¡Très bien placées!*—decía con mucho énfasis y mucho pulmón un francés que estaba á mi lado, al ver un par de banderillas de las que la una estaba en el costillar y la otra cerca de la oreja.

También suelen contribuir á estropear la función los presidentes, que dirigen mal, y los periódicos locales que lo aplauden todo en sus revistas.

El otro día hubo un toro de Aleas que tenía la cuerna en forma de anillo casi completamente cerrado: no mató ni hirió á ningún caballo porque no podía acornear: en cualquier plaza formal que se hubiera presentado, se le hubiera echado en seguida al corral por defectuoso. Pues aquí se lidió, y á la mañana

siguiente todos los revisteros indígenas le llamaban en sus revistas *bien armado*.

Ya se ve lo que entenderán de armaduras.

Dejando los revendedores y los toros y viniendo á los progresistas, que tienen también invadida esta hermosa ciudad, con no menos fuerza ni menos daño que los franceses el circo taurino, diré á ustedes que efectivamente los tales progresistas lo llenan todo y lo estropean todo.

Donde quiera que uno va encuentra los mismos progresistas con los mismos collares, ó con las mismas colleras, que si no llevaban merecían llevar ahí por Recoletos, y las mismas progresistas, del sexo que llamamos bello, por galantería las más de las veces.

Y cuidado que las progresistas son, si cabe, más fastidiosas que sus excelentísimos maridos.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?—preguntaba anoche al salir del casino después del concierto de Albéniz una diputada á una directora general.

—Todo me ha parecido bien, pero lo que me ha gustado más ha sido eso último que tocaron á *duo los tres* instrumentos.

Como comprenderán ustedes, tal invasión de progresistas de ambos sexos da á esta colonia veraniega cierto tono *cursi* que no merecía tener.

Pero que no se puede evitar, no siendo de

una de estas dos maneras: ó echando abajo el Gobierno, ó poniendo aquí á la entrada de la ciudad una compañía de miqueletes con esta consigna: No se admiten ministeriales.

Este segundo procedimiento me gustaría mucho... Casi tanto como el primero.